

XXVIII

Siento molestar á mis lectores con asunto referente en parte á mi persona, aunque, por tratarse de una obra buena, tenga ya más alto interés para todos. Pero debo satisfacción á cuantos han respondido generosos, y es justo que responda la gratitud en donde mismo se elevó el ruego.

De todas partes llegan á mí ofrecimientos en favor del «Desayuno Escolar» y también importantes donativos. Gracias á todos. A Rosario Pino, la insigne actriz, que ofrece el producto íntegro de la función inaugural de su temporada en Valladolid. Y, en este caso, yo me atrevo á solicitar de Rosario Pino que la mitad del ingreso se destine á La Gota de Leche, institución fundada en Valladolid. Del mismo modo, cuantos beneficios se den en teatros de provincias deben repartirse entre la institución madrileña y alguna que, con el mismo fin de pro-

tección á la infancia, exista en la provincia.

La empresa del teatro Español y, al frente de ella, Matilde Moreno, la gran artista de todas las delicadezas, se apresuraba á ceder el ingreso de otra función que ha sido aplazada á ruegos de la Comisión organizadora de estos beneficios.

El Círculo de Bellas Artes me anuncia en carta de su presidente, don Alberto Aguilera, que destina la cantidad de 1.000 pesetas para el «Desayuno escolar».

El primer actor don Luis Echaide me ha entregado la cantidad de 500 pesetas, importe total de su sueldo durante los días en que ha actuado en el teatro Español. Luis Echaide no quería cobrar dichas funciones y sólo ha aceptado el cobro con la idea de ofrecerme esa cantidad.

En carta que firma «Un admirador» me envían 25 pesetas; don Santiago Aragón, otras 25; el señor Gazul, de Llerena, otras 25; el señor Sabito, de Infesto, 7,50. Muchas gracias á todos.

Ahora yo suplico á los que me anuncian el envío de otros donativos y á los que me preguntan á quién han de enviarlos, espe-

ren por unos días hasta que pueda organizarse convenientemente. Yo tengo sobradas ocupaciones para entender en esto.

Muchas son también las solicitudes para que se atienda á otras instituciones benéficas, todas muy laudables y muy dignas de ser atendidas; pero como atender á todas es imposible, preferible es atender á una sola con resultado.

Una hay, sin embargo, que yo creía identificada con el «Desayuno escolar», y aunque no sea una misma en la organización, identificada está en el propósito. Es la institución de las Cantinas Escolares. Como todo hace esperar que la recaudación ha de ser importante, bien puede repartirse el ingreso entre las dos benéficas instituciones, ya que las dos realizan la misma buena obra y mal puede haber división ni rivalidad entre ellas. De todas suertes, como el ofrecimiento primero fué al «Desayuno escolar», no he de ser yo quien decida; apelo á la generosidad de los señores organizadores de esta última institución, y creo que no apelaré en vano.

* * *

Entre los acuerdos de la Comisión reunida para festejarme hay uno con el que no puedo estar conforme, y perdone la respetable Comisión. Todo cuanto redunde en beneficio de los pobres niños me parece de perlas, aunque sea á costa de mi exhibición personal. Pero la idea de erigirme un monumento, por sencilla que sea, tendrá siempre mi oposición más decidida. Soy enemigo de esos homenajes en vida, mucho más si la vida, por desgracia ó por dicha, aun no toca á su acabamiento. Yo no sé si habré ya escrito mis mejores obras; pero sé que aun puedo escribir las peores. Esos homenajes esculturales que, por serlo, tienen algo de funerarios, sólo pueden discernirlos con serenidad las generaciones futuras. ¿Qué sabemos lo que pensarán los que vengan de nuestras obras? Pesa mucha literatura sobre la Humanidad y de cada vez se impondrá una selección más depurada.

Necesitan estos monumentos, además, para su contemplación gentes desapasionadas; pero mientras vivimos entre amigos y entre enemigos personales, ¿quién sabrá

decirnos dónde acaba la pasión y dónde empieza el conocimiento?

No, por Dios; nada de monumentos: todo para los niños pobres.

Y otra vez pido perdón á mis lectores por haberles hablado de mí; vaya en gracia de la intención.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIX

Aquellas guerras de los cien años, de los treinta años, tan molestas para los estudiantes de Historia Universal, ya no serían posibles. Las guerras de ahora tienen la ventaja de la brevedad. Mueren en ellas más hombres que en las antiguas; pero mueren más pronto. Puede ponderarse su corta duración con las mismas expresivas frases de cierto predicador, al considerar la rapidez de los deleites carnales: ¿Por qué os condenáis, hermanos? Si fuera asunto de una hora... ¿Qué digo de una hora? Si fuera asunto de cinco minutos... Pero, no; ¡zás, zás, zás, y ya estáis en el infierno!

Por fortuna, las guerras modernas son un lujo muy costoso. Lo único barato en ellas, por eso es lo único que puede derrocharse, es el factor hombre. Un soldado, con su ración y todo, vale bastante menos que los cartuchos por él disparados.

Esta baratura del factor hombre es consecuencia del poco coste de producción.

En esta guerra de los Balkanes se ha dado el mismo edificante espectáculo que solían dar en otros tiempos algunos príncipes cristianos aliándose con el Gran Turco por enemistad con otros príncipes cristianos. Mal disimuladas, por el buen parecer, las simpatías de la culta y cristiana Europa estaban, en esta guerra, del lado turco. No quiero pensar mal; pero sospecho que hasta oraciones, en templos muy católicos, se han elevado al cielo en favor de las armas mahometanas.

Los turcos tenían su deuda muy bien repartida. Los otros desgraciados, por no tener, no tenían ni acreedores. ¿Qué interés podían inspirar á nadie?

Todavía, después de las victorias conseguidas, han de esperar á que las grandes potencias las den por buenas; porque los turcos habrán perdido muchas batallas, pero ¡ pensar que Europa va á perder su dinero!

Como que no hay quien mire por uno como los acreedores. Por patriotismo, de-

biera procurar el Gobierno español, al levantar el anunciado empréstito de 300 millones, que se cubriera en el extranjero; de ese modo, tal vez en situaciones apuradas contaríamos con la simpatía y el interés de otras naciones fuertes; interés y simpatía que nos faltaron en momentos muy críticos, quizás porque no estábamos bastante entrampados con el extranjero.

Todo el arte de la guerra moderna está en enzarzarse, no con quien pueda menos que nosotros, sino con quien deba menos.

* * *

Tan vulgar tópico era el de la alegría española que, por extremosa reacción, han sido muchos los escritores á rectificarle con la contraria afirmación de nuestra tristeza. Yo no sé si seremos alegres; pero tristes, de ningún modo. El pueblo español no es un pueblo triste; es un pueblo duro, que no es lo mismo.

De que no somos tristes es buena prueba nuestro modo de celebrar la conmemoración de los difuntos. ¿Puede darse menos emo-

ción, menos recogimiento espiritual, menos ternura, en una palabra?

La gente pasea por los cementerios como por un jardín; ríe y bromea y comenta con chistes los epitafios. Esto no puede llamarse alegría, ni siquiera desprecio á la muerte, por fe religiosa ó por elevado estoicismo filosófico; esto es, sencillamente, dureza; esa dureza agresiva que está en la entraña de la vida española. En el hogar, en la vida pública, en el Arte. Por eso hemos sido siempre tan retóricos; por eso tenemos tantas fórmulas de cortesía y de cumplimientos. ¡Nuestra naturalidad es tan áspera!

La fiesta de los muertos debiera serlo de gratitud para los muertos gloriosos, para los buenos muertos... Y el amor acude á las sepulturas en el primer año, la vanidad hasta cinco; mas la verdadera piedad del recuerdo no tiene flores para los poetas, ni para los héroes, ni para los humildes... ¡Allá nos esperen por muchos años!, dicen los que viven á gusto. ¡Están muy ricamente!, dicen los que viven desesperados. Y así, entre el egoísmo satisfecho de los unos y el egoísmo desesperado de los otros, los

vivos van á la muerte, los muertos al olvido, y la vida española es muy alegre, si alegría es que nada importe, y muy triste, si tristeza es no amar la vida, en verdad, ni alegre ni triste; dura como el odio: la única pasión sin risas y sin lágrimas.

* * *

Don Juan Tenorio, casi desterrado de Madrid, ha encontrado espléndido refugio en Barcelona. En quince teatros, lo menos, se ha representado allí en estos días.

Si no supiéramos que en Barcelona ha triunfado también durante muchos años, y aun sostiene muy bien su cartel, el señor Lerroux, que es el Don Juan Tenorio de la política española, por lo seductor, por lo audaz y por lo de bajar á las cabañas y lo de subir á los palacios—presidenciales, se entiende,—pudiera creerse que la predilección del público de Barcelona por héroe tan nacional como Don Juan Tenorio tenía mucho de ensañamiento despectivo: ¡Vean el personaje que nos mandan esos castellanos!

Pero no; no hay segunda ni pérdida in-

tención. El público de Barcelona se entusiasma con nuestro Don Juan, como ya no nos entusiasman nosotros. ¡Señales de los tiempos!

Váyase por el proyecto de mancomunidades, que tiene en Madrid más decididos partidarios que en Barcelona.



XXX

En la sesión dedicada por el Ateneo de Madrid á la gloriosa memoria de Menéndez y Pelayo, al oír algunos fragmentos de sus obras, sabiamente glosados por el señor Bonilla San Martín en su magistral estudio de las obras y del espíritu del gran don Marcelino; al sentir cómo la prosa cálida, vibrante, toda emoción, toda elocuencia, del insigne polígrafo conmovía hondamente al auditorio, pensaba yo cómo se debiera en España, á imitación de Francia y de Inglaterra, sobre todo, publicar selecciones de las obras maestras; medio eficacísimo para vulgarizar el conocimiento de muchos escritores que, como Menéndez y Pelayo, por no haber escrito siempre obras de un interés general, sólo consiguen ser leídos por los especialistas interesados en aquellas materias.

Dije en otra ocasión que Menéndez y Pe-

lajo era más admirado que leído. Y no hay que espantarse por ello. Hay dos clases de lectores: los estudiosos, atentos con preferencia á las obras que pueden servirles en sus investigaciones especiales, y los desocupados, atentos sólo á la amenidad de los libros; lectores de novelas, de poesías, de cuentos.

La obra total de Menéndez y Pelayo, cada una de sus obras en particular, aunque nadie como él, por ser tan artista y tan poeta y tan creador, supo dar amenidad y calor de vida á la crítica erudición, todavía mantiene á respetuosa distancia á los que muy especialmente no se interesan por la crítica y la historia literarias.

Una esmerada selección de sus obras, á semejanza de las muchas publicadas en Inglaterra, de Ruskin, de Carlyle, de otros grandes escritores, facilitaría la lectura de lo bueno á los asustadizos de lo mucho.

En España no sabemos ser oportunistas; siempre por los extremos: ó todo ó nada.

¿No convendría refundir, aligerar muchas de nuestras obras clásicas? ¿Es preferible que permanezcan ignoradas del

todo? Ya sé que sus admiradores incondicionales, muchos de los cuales las admiran de oídas, no dejarían de clamar: ¡Profanación! ¡Sacrilégio!

Profanación sería recortar, borrar y repintar una pintura de Velázquez ó de Goya, pues los cuadros sólo tienen un ejemplar. Pero una obra literaria no padece detrimento por estas experiencias. Siempre queda el original para los que quieran admirarla y estudiarla en su integridad.

Quevedo, Gracián, Saavedra Fajardo, otros grandes escritores, hoy tan poco leídos; *La Celestina*, *Guzmán de Alfarache*, otras muchas excelentes novelas, ¿perderían algo con estas selecciones?

De Inglaterra nos llegan todos los días libros pequeños, libros amables, lindos como juguetes, con pensamientos y trozos escogidos de los grandes poetas y escritores. Para quien de ellos sabe, son un recuerdo, una flor del jardín, una rama del bosque; para el que nada sabía, son una iniciación, tal vez la puerta de oro que se abre al jardín encantado.

Pongamos estos libros ligeros en las ma-

nos perezosas, ante los ojos distraídos de las almas frívolas, que vayan perdiéndoles el miedo... El libro español trae siempre un severo ceño de maestro; es preciso alegrarle con la sonrisa del buen amigo.

* * *

Por fin, el señor jefe superior de Policía, tan riguroso cumplidor de la ley de protección á la infancia, cuando de espectáculos teatrales se trataba, se ha convencido de que lo menos perjudicial, el trabajo menos penoso para un niño es el de representar un corto papel en el teatro.

Era ridícula esa severidad en el trabajo de los niños en el teatro, cuando á todas horas del día y de la noche andan infelices criaturas tiradas como perros por esas calles; cuando niños de cuatro y de cinco años vocean periódicos á las altas horas de la madrugada; cuando hay vendedoras de periódicos y décimos de lotería, menores de edad, que, como los horteras complacientes, siempre le preguntan al comprador: ¿Desea usted algo más? No hablemos de

los botones y recaderos de Círculos y hoteles que, por razón de su oficio, muy semejante, en ocasiones, al que Cervantes tenía por muy necesario en toda república bien ordenada, han de enterarse y entender de todo.

Y ya que de niños hablamos, á las muchas personas que á mí se dirigen, interesadas en la buena obra del «Desayuno escolar» y de las Cantinas, les diré, que, nombrada una Comisión, ella es la que ha de disponer lo más conveniente.

A mí estas andanzas, por ahora, no me han traído más que disgustos y molestias. A disposición de la Comisión está lo recaudado por mí; y en cuanto á la nube de pedigüños que de continuo me envía solicitudes y memoriales, ha de saber que el cargo de académico no tiene asignadas rentas ni sueldos; que agradezco mucho las postales alegóricas, mesas revueltas, platos pintados y otras chucherías, como toda prueba de admiración, siempre que sea, por lo menos, gratuita. Sí, por Dios. «¡Basta de aplausos ya, bravos pecheros!»

Un crimen es un caso de una enfermedad social, que puede ser endémica ó epidémica. Por eso todo crimen debe ser asunto de meditación, de recogimiento de nuestra conciencia. No caigan todo el horror y toda la culpa sobre el *caso*, tan irresponsable como el palúdico que en su organismo debilitado recogió los miasmas perniciosos, inofensivos para el fuerte.

¿El anarquista? Si le consideráis como un hombre de ideas, *sus ideas*, ya le enaltecéis demasiado y al mismo tiempo eludís vuestra responsabilidad. El anarquista viene á ser lo que en Teosofía llamamos una forma de pensamiento, un elemental artificial, producto de esa misteriosa energía animada por nuestros pensamientos, buenos ó malos, de amor ó de odio.

¿Sabéis de qué está hecho un anarquista? Del espectáculo del lujo insolente, de la

ociosidad parasitaria, de la envidia que calumnia y murmura, de la intriga y del favor encumbrados, del mérito desconocido, de la justicia recomendada, y, sobre todo esto, de mil ligerezas que consideramos insignificantes: amenidades, pasatiempos de la vida diaria...

El orador que, por redondear un discurso con una frase de efecto, preconiza el atentado personal contra el enemigo político á quien después saluda respetuoso, á quien por sí mismo ó por tercera persona, pedirá algún favor, á quien estima personalmente, á quien sería incapaz de ocasionar el menor daño.

El escritor—y entremos todos—malabarista de frases que desmiente en privado lo que escribió en público, y esas graciosas charlas que desgranamos en los Círculos, en los cafés, y esas indignaciones que no llegan á perturbar nuestra digestión... ¡Qué país este! ¡Los políticos! ¡El chanchullo! ¡El negocio sucio! ¿Sabe usted por qué se ha hecho esto? ¡Todos lo mismo!...

Y todo ello, un día y otro, va condensándose en una forma de pensamiento, en ese

elemental artificial, ávido de tomar vida y cuerpo, y, al fin, como espíritu diabólico en los antiguos posesos, se entra por el cerebro débil del mastoide, ya perturbado con pobres lecturas, se adueña de él y le deslumbra con la idea fija de ser el reparador, el justiciero. Una idea fija siempre parece una gran idea, no por ser grande, sino porque llena todo un cerebro. Y el brazo se arma, y el crimen, como el rayo, hiere brutalmente, sin elección, sin discernimiento... Un zarpazo de fiera desgarrará una página de la Historia. Los más inconscientes culpan al criminal, los más cándidos á la Policía, los más solapados aprovechan la ocasión para culpar al enemigo, para pedir represión violenta, prevenciones extremadas. Todo se vuelve aspavientos sobre el *caso*. No es el caso, es la enfermedad, endémica ó epidémica, lo que importa.

Hagamos escrupuloso examen de conciencia social, y todos tendremos de qué acusarnos. ¿Quién no ha sembrado un granito de anarquismo? ¿Quién no ha perturbado con algún pensamiento de odio?

¡ Hay que reprimir, hay que escarmentar,

hay que suprimir! Ya se sabe: al energúmeno siempre responde el energúmeno.

No; no es por el campo exterior por donde hay que dar la batida; intrinquémonos dentro de nosotros mismos, y será más segura caza y más acertado remedio.

Cuando ocurre un caso de enfermedad contagiosa—y ninguna tan contagiosa como el crimen,—desinfectar la vivienda es muy importante, por lo pronto; pero es más importante sanear toda la ciudad, todo el ambiente.

* * *

La sesión del Congreso suspendida en señal de duelo por la muerte del presidente del Consejo, fué de tan glacial severidad, que no parecía sino que la mano trágica de la *Intrusa* atenazaba todos los corazones. Aquello fué hielito puro. Dícese que los grandes dolores son mudos y que el verdadero sentimiento nunca es retórico. No lo creo yo así; antes creo que el dolor, como todo sentimiento verdadero, son los más grandes retóricos; que no fué la retórica la

que dió reglas al sentimiento, sino el sentimiento á la retórica.

Y la verdad es que un poco de retórica no hubiera sentado mal en aquellos momentos. Se abomina, sin razón, de la retórica, y tal vez creyóse dar más solemnidad al acto con aquel laconismo sin arte y sin artificio.

Pero aquella elegante concisión, aquella noble sobriedad, no fueron apreciadas en toda su delicadeza ni por los diputados en el Congreso, ni por el público después.

El alma de la multitud es amplia y, como en los amplios lugares, se pierden en ella los matices delicados; necesita de frases sonoras, calurosas, vibrantes. Sin duda los oradores lloraban de verdad en aquellos momentos; pero el público no pudo apreciar el valor de aquellas lágrimas sin palabras...

Y es que el Arte será una mentira, pero es insustituible para comunicar verdades.



El decreto para organización de la Policía ha promovido discusiones. La Policía es uno de los organismos sociales más difíciles de acomodar á gusto de todos. Si pretende ser previsor, es casi imposible que lo sea sin profanar á cada paso las libertades públicas y hasta el sagrado de la vida privada. Las indagaciones secretas, los informes privados, las fichas; en una palabra, todo lo que viene á ser higiene en la Policía es antipático á los ciudadanos. Sin perjuicio de censurarla airadamente y de pedirle estrecha cuenta de la imprevisión, cuando no ha podido evitar un delito, por falta, muchas veces, de esa higiene preventiva y molesta.

¿Cómo conciliarlo todo? Llamamos inquisitorial á la Policía si se excede en sus previsiones, y la censuramos por inepta si no es capaz de impedir un delito ó, si cometido, no lo descubrió y esclarece en todos sus pormenores.

Sobre la Policía pesa una triste tradición en nuestro país, desde los alguaciles siniestros de nuestras novelas picarescas y sus cuadrilleros pavorosos hasta el polizón del absolutismo y el guindilla de nuestras jaranas populares. No se dignifica una institución en un día. ¿Qué es preciso para ello? Que nadie considere vergonzosa la profesión de policía, que nadie se desdore por ser auxiliar suyo.

Indicado el nombre de un distinguido personaje político para la Jefatura de Policía, ¿no hemos leído la rectificación desahogada, como de quien rechaza una injuria? Pues es preciso que la Policía llegue á ser estimada como profesión noble.

Para ser un buen jefe de Policía son necesarias condiciones superiores de inteligencia. Hay que ser hombre de mundo, ante todo, y no de un solo mundo. Hay que ser gran psicólogo, para saber tratar las leyes como á las mujeres; esto es: lo mismo cuando se las atropella que cuando se las respeta, parezca siempre que es por amarlas, sobre todo.

En nombre del amor están justificados to-

dos los atropellos. Un buen jefe de Policía debe poseer con las leyes el supremo arte en que fué maestro Don Juan Tenorio con las mujeres: el de violador que enamora; al que, cuando atropella, se le dice: ¡Gracias!

* * *

En París se ha conmemorado el trescientos cincuenta aniversario del natalicio de Lope de Vega. En un teatro de los llamados allí «à coté» se ha representado, precedido de una interesante conferencia, un acto de *La estrella de Sevilla*, otro de *El mejor alcalde, el rey*, unas escenas de *La Dorotea*, no representadas nunca, ni en España, decía el cartel, y unas escenas de *El castigo sin venganza*. Todo ello traducido con cierta libertad, pero muy lindamente.

Aquí se ha representado por estos días *El anzuelo de Fenisa*, una de las más primorosas comedias de Lope de Vega. Ya sabemos que estas obras antiguas, nunca viejas, no pueden despertar hoy la viva emoción de cualquier obra moderna. El teatro, como la

oratoria, como el periodismo, vive de lo actual y su mayor gracia es lo efímero; como en la flor, como en la mariposa. Son contados los genios poderosos que en la oratoria, en el teatro ó en el periodismo lograron «eternizar el instante».

Pero causa tristeza la displicente actitud de nuestro público ante esas obras. Ello revela una incultura, un alejamiento de nuestra historia, una incapacidad de ponerse en situación, todo ello á base de ignorancia, que mal pretende disfrazarse de sabiduría, echándolo á elegante escepticismo.

Dentro de poco nuestro teatro clásico será letra muerta. Y lo malo es que no lo habremos sustituido en nuestra admiración con el teatro de Ibsen ni con el de Mæterlink.

* * *

El doctor Moliner anda por Madrid en busca de... cien millones de pesetas, nada menos. El doctor Moliner no es hombre para desistir de su propósito. Esos cien millones son su idea fija. Tener en España una idea fija, constituirse en incansable propa-

gandista de ella, sacrificar comodidades, posición social, por esa idea, es sentar plaza de loco ó, por lo menos, de monomaniaco.

Las ideas son bonitas para exponerlas un día en un brillante discurso, en un artículo vibrante, en una crónica de actualidad; pero ¡por Dios!, no conviene insistir sobre ellas...

A mí me advirtieron: Ya verá usted; el doctor Moliner le irá á ver á usted, le hablará á usted de sus cosas, le dará á usted la lata; no sabe hablar de otra cosa.

Y el doctor Moliner vino á verme y le oí con admiración, y volví á oírle en la conferencia que dió en el Ateneo sobre lo mismo; conferencia, por cierto, que no ha merecido una noticia en muchos periódicos, y el doctor Moliner tendrá en mí otro incansable propagandista de su locura, de su lata, como quieran llamarla.

Esa locura, esa lata, es pedir al Gobierno cien millones de pesetas para Sanatorios marítimos, para colonias escolares, para escuelas higiénicas... Es un presupuesto que pudiéramos llamar de la salud, de la vida. ¡Ya veis si la cosa es disparatada! Las So-

ciudades obreras de Valencia lo piden en respetuoso mensaje, de que es portador el doctor Moliner.

Las Sociedades obreras de Madrid, la Casa del Pueblo, no se han dignado tomarlo en consideración.

Manifiesta señal de la funesta orientación revolucionaria de esas Sociedades.

No quieren tener que agradecer nada para conservar en toda su plenitud el derecho á la queja; opinan como el sabio, en la comedia de Calderón, que:

A trueque de quejarse,
habían las desdichas de buscarse.

Ya lo dicen en carta dirigida al doctor Moliner: «Todo eso no es más que un calmante...»

Lo quieren todo ó nada. ¿Todo? Y ¿qué es todo en la vida? ¿Qué es todo si no es un poco cada día, un paso en el camino de la perfección? ¿Serían ellos capaces de revolucionar su mundo interior en un día? ¡Y de lo que no son capaces en su espíritu, se creen capaces con el mundo entero!

Por lo mismo que así desvarían, hay que

darles eso que ellas llaman calmante, á pesar suyo, contra su voluntad; voluntad que ni siquiera interpreta la voluntad de todos, como lo muestra ese mensaje de las Sociedades obreras de Valencia.

El Gobierno del señor conde de Romanones puede hallar el mejor programa de su política en ese «calmante», en ese presupuesto de salud, de vida.



XXXIII

En el número de *El Libro Popular*, correspondiente al 5 de Diciembre, en un artículo titulado «El príncipe de los dramaturgos», referente al autor francés M. Curel, escribe don Enrique Gómez Carrillo lo que textualmente copio:

—¡Curel!— os oigo murmurar — ¡quién es Curel?... En castellano nunca hemos visto ninguna de sus obras.

Con su nombre no, efectivamente. Pero hay una comedia suya que fué traducida por Benavente y que obtiene desde hace diez años el más grande de los éxitos en España y en América. Me refiero al «Repas du lion», que en nuestra lengua se titula «La comida de las fieras».

—Pero—vais, sin duda, á decirme con justa malicia— ¡por qué esta pieza figura como original entre las obras de Benavente?

—Sin duda por razones de empresa—os contestaré, repitiendo una frase del mismo dramaturgo madrileño.

Una comedia que se da como traducida, no tiene nunca, para las compañías, la misma importancia que una comedia nueva.

En todo caso, si el autor de «Los intereses creados», que es, ante todo, un hombre de honor, se apropia la paternidad del «Repas du lion», no por eso deja de entregarle los derechos que le corresponden al verdadero autor. En las cuentas que la Sociedad de Autores, de Madrid, manda cada trimestre á la Société des Auteurs, de París, los productos de «La comida de las fieras» figuran siempre en el haber de Curel. Entre gente del oficio esto no es un secreto para nadie. El gran Joaquín Dicenta, que tan admirablemente ha presidido el Sindicato de los comediógrafos madrileños durante algunos años, da testimonio de que en cuanto los «auteurs» parisinos reclamaron en nombre de uno de sus asociados la paternidad de la obra castellana, Jacinto Benavente fué el primero en reconocer que su «Comida de las fieras» no era, en efecto, sino un arreglo del francés.

Cuando un escritor de seriedad y respetabilidad como don Enrique Gómez Carrillo asienta con tal aplomo semejantes afirmaciones, algo debe haber de verdad en ellas. Veamos.   Ser   verdad que *La comida de las fieras* no es sino traducción    arreglo de la obra de Curel *Le repas du lion*? Por unas cinco    seis pesetas que costarán los ejemplares de las dos obras puede cualquiera salir de dudas. Ni por el asunto, ni por la idea, ni por los personajes, hay el

menor parecido entre una y otra. Hasta la aparente similitud del título es una gran diferencia. *Le repas du lion*—basta haber leído las f  bulas—es, como todos saben, la parte del león. *La comida de las fieras* es... el domador, según mi obra, basada, como recuerdan cuantos la han visto    leído, en escenas muy madrileñas y de actualidad cuando la obra se estrenó. Pasemos.

  Ser   verdad que don Joaquín Dicenta, como presidente de la Sociedad de Autores Españoles, asegur   a don Enrique Gómez Carrillo que los derechos de *La comida de las fieras* eran enviados a la Sociedad de Autores Franceses?

Don Joaquín Dicenta tiene la palabra; entre tanto, don Miguel Ramos Carrión, actual presidente de la Sociedad, me escribe la siguiente carta:

Mi querido amigo: La Sociedad de Autores Españoles no envía ni ha enviado nunca a la de Autores Franceses parte, grande ni pequeña, de los derechos de representación correspondientes a las obras de usted, porque, para hacerlo, no hay ninguna orden.

Claro es que a usted le consta; pero, por complacerle en lo que desea, así lo declaro oficialmente.

Sirva, pues, para quien, sin fundamento, afirma lo contrario. Siempre de usted compañero y padrino literario,

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Todo esto aparte, mal podría M. Curel cobrar esos trimestres, de que el señor don Enrique Gómez Carrillo está tan al tanto, cuando *La comida de las fieras* no se ha representado en España ni en América desde hace once ó doce años. Como se ve, á pesar de mi buen deseo, no puede hallarse el fondo de verdad que yo deseaba en las afirmaciones de don Enrique Gómez Carrillo.

¿Ha sido ligereza? Para ligereza, es demasiado. ¿Ha sido mala intención? Para mala intención, es poco. ¿Ha sido ironía? Para ironía faltaba el fundamento de que *La comida de las fieras* fuera, en efecto, algo parecido á *Le repas du lion*. ¿Ha sido una broma literaria? Como broma sí hubiera tenido gracia... allá en la juventud de don Enrique Gómez Carrillo.

Contra la opinión de muchos, yo creo que sólo ha habido ligereza por parte de don Enrique Gómez Carrillo, y espero que se apresurará á rectificarla.

Don Enrique Gómez Carrillo, por su historia literaria, por su significación, no está en el caso de que se le confunda con uno de esos jovenzuelos cronistas que sueltan dos ó tres impertinencias, para llamar la atención, en cualquier periódico de ventura.

Y conste que el menos molestado con «la ligereza» he sido yo. En esta semana la actualidad era hablar, en pro ó en contra, de la Prensa. Don Enrique Gómez Carrillo me ha dado asunto para no verme obligado á opinar; asunto y argumento. Muchas gracias.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

XXXIV

A cada año nuevo acude, con todo el valor de una gran verdad filosófica, la reflexión que, en otras ocasiones, no es más de un tópico adecuado á tertulias caseras: ¡Cómo pasa el tiempo!

Parece que fué ayer cuando estrenábamos siglo, y ya nos andamos por su año 13. ¡Pavoroso número para los agoreros!

Por lo pronto, aparte la guerra de los Balcanes, ineludible legado de su antecesor, para nosotros ha comenzado con su poquito de perturbación política y, lo que es más grave, con la amenaza de una carestía general de los comestibles si no sacamos pronto en rogativa á unas cuantas imágenes de singular devoción.

A este respecto, sería muy de agradecer la buena intención del ilustre jefe del partido conservador si, al retirarse de la vida pública, hubiera pensado: «Después de mí,

«el diluvio». Hoy por hoy, un diluvio es lo más necesario sobre esta tierra nuestra, siempre combatida por los extremos: ó sequía hasta perecer, ó inundaciones y desbordamientos hasta la ruina.

Por una vez, llovería á gusto de todos; conformidad tan dificultosa de obtener en negocios del cielo y de la tierra.

En la noche primera del año una multitud alborozada, más que un nuevo año, parecía estrenar una vida nueva. ¡A la flor de ilusión le basta con tan poco para prender de nuevo en nuestras almas! Una fecha del calendario es suficiente. A las once y media, nada esperamos de la vida; al sonar de las doce, lo esperamos todo de un año nuevo. Doce uvas nos bastan para embriagar-nos de ilusiones y de esperanzas.

¿Qué nos traerá el año 13? Hasta ahora no trae, como cumple á todo recién nacido, su correspondiente pan debajo del brazo.

La multitud gozosa, que le saludaba al nacer, no pensaba en esto. Ni siquiera pensaba que, con el pan, subirá la carne, y con la carne el precio de los toros de lidia.

La multitud, como los niños, es irreflexiva en su alegría.

* * *

La moda tiene su significación en Arte. Y tiene su valor el artista que logra imponer una moda, y más si la moda es natural expresión de su espíritu y en él fué originalidad y sólo pareció moda al ser después seguida y copiada por los imitadores. Y gran valor tiene también el que, con ajustarse á la moda, logra, no obstante, destacarse entre los uniformes figurines con fisonomía y aire muy personales.

Pero así como en una reunión de la mejor sociedad, aunque por lo pronto se lleven la atención las mujeres más llamativas en el vestir y en el adorno, las que ponen la moda, cuando nuestra curiosidad se ha reposado agradecemos el sencillo atavío de alguna noble dama y en su señorial sencillez aprendemos dónde está la verdadera distinción, así en Arte, sobre las gracias y frivolidades llamativas de la moda, acaba-

mos por volver los ojos á la noble sencillez, que es de todos los tiempos.

Antes de ahora lo he dicho: creo que en ningún tiempo hubo en España tantos y tan buenos poetas como ahora. De ellos, los hay favorecidos por la moda; de ellos, á quien la moda perjudica. De ellos, y Manuel Sandoval es el primero, de los que no vistieron su poesía con galas á la última, de los que dejaron pasar figurines, seguros de que la moda volvería á ellos, y ellos, aunque alguna vez pudieron desesperarse al verse desairados, nada perdieron con esperar.

De mi cercado es el último libro de versos de Manuel de Sandoval. En los anteriores, *Cancionero* y *Musa castellana*, había dado clara muestra de su valer. Hay en uno de ellos una poesía á los primeros pasos de su hija, de las que no se olvidan, de las que dejan esa emoción perdurable que se suma á las emociones de nuestra propia vida y es el verdadero valor de una obra de Arte.

De mi cercado es la plenitud del poeta. Léase «Pátina»; léase «Recompensa».

Como es esta última poesía la musa cas-

tiza, de noble prosapia castellana de Manuel Sandoval, bien puede decir á los que á ella se lleguen:

Yo soy para vosotros deidad, sirena y maga;
yo soy pasión sin celos y goce sin hastío;
hoguera que el aliento del huracán no apaga
y fuente que no seca los soles del estío.

Tan sólo al que me ama someto á mi albedrío;
me otorgo como premio, mas no como merced;
exijo, si soy fuego, que me busquéis con frío,
y quiero, si soy agua, que me busquéis con sed.

* * *

Irá para tres años, día más, día menos, que empecé á escribir estas charlas de Sobremesa. Muy agradecido á mis lectores, muy agradecido á la dirección de este periódico, creo que ha llegado, con el año nuevo, ocasión de despedirme por algún tiempo, no sin sentimiento por mi parte; fuera ingratitud, de que soy incapaz.

Renovarse ó morir, ha dicho un excelso poeta. Ya que uno no pueda renovarse á su voluntad, bueno es que la propia conciencia nos advierta del peligro que hay en ser siempre el mismo, que es el de fatigar á los lectores. A mí me conviene descanso, y á vosotros variedad.

Desde Algeciras. — Algeciras es una minúscula Cosmópolis. Picaresca, linda andaluza de todos festejada, á quien nadie pregunta por su abolengo y de quien nadie indaga el origen de su fortuna. Es bonita, se presenta bien, sabe comportarse en sociedad, y basta.

Su nombre logró resonancia universal en los días de la Conferencia; aquella Conferencia en que la diplomacia europea dejó arreglado todo... lo que ha sido preciso arreglar después punto por punto.

Tiene dos excelentes hoteles muy á la europea, un *kursaal* muy concurrido, con recreos honestos; cinematógrafo, un buen sexteto. Alguien echará de menos otros recreos, aliciente sabroso de estos lugares. Yo no eché nada de menos. Algunos murmuradores dirán que allí se juega; yo no he visto jugar.

Las mujeres de Algeciras son muy gua-

pas y visten con verdadera elegancia. El madrileño puede guardar para otro lugar y otra ocasión la compasiva sonrisa que tuvo para otras elegancias provincianas. Aquí no hay por qué sonreír.

Frente á Algeciras se alza el Peñón de Gibraltar como enorme *dreadnought* anclado. Un lejano atavismo nos mueve á indignación y á tristeza. Bien será guardar el sentimiento patriótico en lo más amplio de nuestra filosofía. De manifestarlo, nos expondríamos á observar en torno esas actitudes y esas caras que podemos advertir cuando en una visita cometemos alguna indiscreción de la que no es posible avisarnos en voz alta sin cometer otra más grave.

Algeciras, La Línea, San Roque, toda la comarca debe mucho á la vecindad del Peñón. Corren aires de Europa. Tal vez se piensa si no sería más conveniente que razas y pueblos estuvieran así salpicados, entremezclados, por pequeñas agrupaciones, sin la gran división de extensos territorios y señaladas fronteras. Quizás la fraternidad universal sería ya efectiva.

* * *

Desde Ceuta.—Estremece pensar que Ceuta, en manos de nuestros Gobiernos, haya sido lo que fué hasta muy poco. Por fortuna, gracias á los conjuros del general Alfau, se desvaneció la pesadilla. Aun dejó el presidio alguna atmósfera angustiosa: los elementales artificiales de que nos habla la Teosofía. No subsistirán. Ceuta despierta, Ceuta vive y trabaja con fe y con entusiasmo.

Las tropas españolas animan y alegran la ciudad de situación privilegiada, de suave clima, de sanos aires. Soldados y oficialidad son orgullo de todo buen español. Los que hemos visto en ciudades extranjeras muy guarnecidas, tumultos, indisciplinas, borracheras, y vemos este orden, esta disciplina, esta confraternidad de nuestros soldados, nos atrevemos á decir á nuestros inquietos antimilitaristas: La perfección no es de este mundo; pero, dentro de nuestro estado social, el Ejército es lo mejor que tenemos en España.

* * *

En las canteras de Benzú trabajan españoles y moros en las obras del puerto. Un moro jovenzuelo, de vivo mirar, fino de cabos, como una gacela, como un antilope; resplandeciente de señorío sobre el pobre jaique, con esa nobleza de origen, don celestial en todas las razas hijas del Sol. Su vestidura es mísera, no teme al sol ni á las lluvias y lleva, como pudiera llevar un atributo de realeza, un gran paraguas, bien arrollada su tela de algodón. Los moros más pobres tienen predilección por el paraguas. No es utilidad, es lujo. Como el sultán bajo su imperial quitasol, ellos van orgullosos con su paraguas de tres pesetas debajo del brazo. La democracia busca extraños senderos para llegar á todas partes.

El morito busca trabajo, se conduce—Moro no tiene trabajo; busca y no encuentra.—Y el morito sonríe ladino. Yo sé que en las obras del puerto se da trabajo con facilidad. Le digo que no lo buscará con muchas ganas. De seguro. Será su padre quien le mande. El morito se ríe ya francamente.—Cuando trabaja, duele cabeza.—Y se tiende sobre unas piedras como sobre un

almohadillado diván; me pide un cigarro, lo enciende y ni siquiera se divierte en mirar á los que trabajan en derredor; alza los ojos y mira á lo alto.

* * *

Desde Ceuta á Tetuán va pasando ante nuestros ojos todo el escenario de nuestra guerra de Africa. ¿Cómo sobreponerse á la emoción del glorioso recuerdo? La guerra de Africa fué el único redoble épico que sonó á glorias españolas en nuestros días.

Recordamos cuanto oímos referir á nuestros padres, con el calor de viviente actualidad. La entrada de las tropas victoriosas en Madrid, después de la toma de Tetuán; el entusiasmo delirante del pueblo madrileño; las bizarrías de Prim; la serena inteligencia de O'Donnell. Recordamos el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, el libro que prendió en nuestra infancia bélicas llamaradas, resueltas en peleas á pedradas; juegos de moros y cristianos.

¡El *Diario de un testigo*, tantas veces leído en aquella edición de Gaspar y Roig, con

sus ingenuos grabados en madera, con sus terribles morazos, terror de nuestros sueños infantiles!

Ahora, en la realidad, pasan ante nuestros ojos Sierra Bullones, Los Castillejos, con su prestigio de épica leyenda. Ya puede haber caído sobre nuestro espíritu una avalancha arrolladora de escepticismo, de criticismo y de cuanto puede pesar sobre el corazón como losa sepulcral de entusiasmos, que la losa saltará á latidos del corazón ante estos lugares y la oración á la patria se alzaré desde muy hondo; más hondo que de nuestro propio corazón: desde el corazón de nuestra madre; como las oraciones á Dios que ella nos enseñaba y surgen siempre cuando, sobre todos los engaños de nuestra inteligencia, la verdad del corazón se estremece al golpear de un verdadero sentimiento.

* * *

Antes de llegar á Tetuán son bosquecillos de adelfales, frondosos de laurel y floridos de rosa. El mar, muy azul, se festonea de

blancura al caer sobre la playa de las conchas; blanca también, más blanca que las espumas; de albor calizo sus arenas.

Después, al fin, Tetuán, más blanco todavía; sus caseríos, como terrones de azúcar, extendidos aquí, allá apilados. Como irisación de tanta blancura deslumbradora, los alminares de las mezquitas con el esmalte de sus mosaicos multicolores.

Un aura de encanto, de misterio sagrado, envuelve á la ciudad de las cincuenta mezquitas y los innumerables morabitos. Yo tengo que recordar algunas ciudades españolas para no asustarme.

Al entrar por la Puerta de Ceuta el encanto queda roto. Parece imposible que toda aquella blancura total pueda descomponerse en tantas negras suciedades. Nunca con más razón puede decirse que la suma no es igual á los sumandos.

El «¿Quién vive?» á las puertas de la ciudad le da un acre olor á tenerías; el olor que os perseguirá siempre, que sentiréis penetrar hasta los huesos, correr por las venas.

Figuras y grupos interesantes restablecen

pronto la atención desilusionada. Un negro enano, con grandes anillos en las orejas, lo-quea en la plaza. Es el *Garibaldi* de Tetuán. Pasa un aguador, vestido de los más pintorescos harapos que puede imaginarse. Toca su cabeza con un canastillo de mimbres. Sólo nosotros le miramos sorprendidos. El ni siquiera se sorprende de nuestra extrañeza.

Visitamos al nuevo bajá, recién llegado á Tetuán. Es mulato, de arrogante figura y noble porte. Viste como un moro de romance: de sedas sutiles como gasas, una túnica azul muy pálido, y sobre ella otra blanca, y sobre todo ello un ropón también blanco y transparente. Nos ofrece el té á la morisca. Sonríe y se lleva la mano al corazón.

El cónsul me presenta. Tiene una frase amable, que pudiera envidiar cualquiera de nuestros hombres públicos: Las ciencias y las artes hacen grandes á las naciones.

Las casas de los moros acomodados presentan graciosos contrastes. Patios y salas á lo morisco, y, entre todo, lámparas de comedor, procedentes de cualquier bazar europeo; cómodas dignas de la calle de los

Estudios, espejos de cafetín, floreros y baratijas de baratillo.

En la casa de un rico moro, sobre una cómoda se ostentaban dos floreros de altar entre candeleros de la misma especie. Parecía dispuesto para las Flores de Mayo ó para una devota novena casera. No falta el álbum de retratos con música y profusión de relojes sin mérito alguno.

En el patio de un moro poeta, un patio todo recogimiento, todo poesía, junto á una fuente de preciosos azulejos veíase un armario chinero, y, al través de sus cristales, como preciosidades de vitrina, un frasco de Odol. ¡ Buen reclamo! Otros cachivaches, y... ¡ oh, civilización!, verdadero símbolo de la penetración pacífica, un instrumento... ¿Cómo nombrarlo? Una soberbia lavativa, en fin, inglesa, de llave.

Este poeta, famoso entre los suyos, escribió en el álbum de uno de mis acompañantes unos versos en árabe. Traducidos, decían así: «Cuántas veces amamos á la ciudad, aunque sepamos que no es la mejor, ni su cielo el más azul, ni buena el agua de sus manantiales... Pero ¡ es la Patria!»

Yo no sé si el poeta moro escribiría con intención y á la nuestra, estos versos. En su fisonomía inteligente la ancianidad sonreía con maliciosa resignación.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXVI (1)

Señoras y señores:

Si yo creyera que habíais tomado en serio el anuncio de esta, que mal puede llamarse conferencia, ni lección, ni disertación, y no ha de ser más que una charla veraniega, apropiada al lugar y al tiempo, no sabría cómo disculparme antes de empezar, ni cómo pedir os perdón al haber terminado sin deciros cosa de provecho. ¡ Ahí es nada! ¡ El arte de escribir! Toda una vida de escritor sólo puede mostrarnos las dificultades de ese arte, que ni se aprende ni se enseña, por lo menos con reglas fijas.

Cuentan de un señorón adinerado, que al recibir en su casa á un glorioso poeta, con esa osadía que da el dinero, le preguntó: «Dígame usted: ¿Es muy difícil ser poe-

(1) Discurso leído en la fiesta que dió el *Mundo Gráfico* á beneficio de los soldados heridos en campaña.